



## HISTORIA

DEL ENAMORADO RICARDO Y LA HERMOSA ISABELA,

LLAMADA

## LA ESPAÑOLA INGLESA.

*En la que se da cuenta de los muchos y raros acontecimientos que sucedieron á estos dos amantes.*



MADRID, 1876.

DESPACHO, CALLE DE JUANELO, NÚM. 19.



# HISTORIA

DEL

ENAMORADO RICARDO Y DE LA HERMOSA ISABELA.



## PRIMERA PARTE.

*Noticia de los padres y patria de Isabela.—Es arrebatada de la casa paterna á la edad de quince años y llevada á Londres, donde se enamora de ella un noble jóven llamado Ricardo; pero antes de obtenerla por esposa, se le precisa á embarcarse, en cuya navegacion encuentra á los padres de su querida, y juntos dan la vuelta para Inglaterra.*

**E**n cuanto ilumina y baña  
el rubicundo planeta,  
ni cuantos historiadores  
de panegíricas ciencias  
han escrito, no han de hallar  
historia mas verdadera,  
ni mas estraños sucesos,  
ni fortuna mas adversa,  
que en rigurosos trabajos  
pasó una noble doncella,  
siendo blanco de desdichas;  
aunque bien puede por esta  
decir el comun adagio:  
no hay mal que por bien no venga,  
y pues propuso el decirlo  
sin pródigas referencias,

daré principio, si atentos  
oidos gratos me prestan.  
En esa joya sin precio,  
donde en igual competencia  
se ven las pompas y galas,  
la bizarría y grandeza  
cual es la ciudad de Cádiz,  
que solo el nombre pudiera  
bastar para conocer  
quién es, y lo que en sí ostenta:  
esta ilustre patria es  
progenitora, primera  
cuna del feliz portento  
de la preciosa Isabela,  
de la generosa estirpe  
de los Guzmanes y Vegas,

casa antigua que blasonan  
de ilustres los que son de ella.  
Nació este sol, como he dicho,  
en este oriente de perlas,  
tan dotado de hermosura,  
que la sacra Omnipotencia  
con los divinos buriles,  
la hizo en extremo bella.  
Entre galas esquisitas  
florecia esta doncella,  
con júbilos y placeres,  
como hermosa y heredera;  
llegó á cumplir cinco abriles,  
y en puerilidad tan tierna  
iban las adversidades  
de su rigurosa estrella,  
ordenándola á su vida  
sustos, quebrantos y penas:  
y fué que en aqueste tiempo,  
la armada de Inglaterra  
á Cádiz asalto dió,  
saqueando sus riquezas,  
destruyendo sus caudales,  
hasta que á la casa llegan,  
de Isabela, despojando,  
y viéndola tan pequeña  
y tan grande en hermosura,  
como alhaja se la llevan.  
Fuéronse al general  
por dádiva se la entregan.  
Con los mayores afectos  
agradeció la fineza,  
y dando velas al viento  
en muy poco tiempo llegan  
á la gran ciudad de Londres,  
dan fondo y saltan en tierra.  
Llevó el general consigo  
la cautiva sin dar cuenta  
al rey que entre los despojos  
llevaba tan buena prenda;  
no fuera que por lo hermosa  
la codiciara la reina,

y porque siendo cristiana  
él quería poseerla:  
la llevó á su casa y fué  
del agrado y complacencia  
de su muy amada esposa,  
que ambos en union perfecta  
vivian, como Dios manda,  
en nuestra ley verdadera,  
y exactamente observaban  
los preceptos de la iglesia.  
Tenian un hijo, al cual  
llamaban (segun se cuenta)  
Ricardo, único y solo  
heredero de su hacienda;  
ilustraban á sus años  
solas cinco primaveras.  
Cuidáronlos con aplauso  
y en educaciones buenas,  
ambos juntos se criaron,  
siendo su edad una mesma,  
y á un mismo tiempo crecian  
en virtudes y escéncias,  
dándose nombre de hermanos,  
con tan entrañables veras,  
que en el amor parecian  
haber nacido en la estrella  
que nació Piramo y Tisbe  
por la amistad tan estrecha.  
A la floreciente edad  
llegaron de esta manera,  
de tres lustros, cuando ya  
por la singular belleza,  
prudencia y honestidad,  
habia muchos que eran  
esclavos de la cautiva,  
pretendientes de la empresa,  
y mayormente Ricardo,  
que ya herido de las flechas,  
entre vesubios de fuego  
su pecho se hacía un Etna:  
por el invisible amor,  
como halló francas las puertas

del pecho, se entró hasta el alma,  
para jamás salir de ella,  
y empezaba á recatarse  
hablándola con prudencia,  
que en el amor hay recato,  
si es pretension honesta:  
se hacia varios conceptos,  
si bien con mucha tristeza,  
de decírselo á su madre  
temiéndole á la respuesta,  
que era esclava, y esto mismo  
le echaba un nudo á la lengua,  
pensativo y macilento,  
reinaba en él la trîsteza.  
En este tiempo, su padre,  
un casamiento le órdena  
con una noble matroua,  
y el dia que le dió cuenta  
á su hijo de este intento,  
fué tal el dolor y pena;  
que al instante cayó malo  
con una grande dolencia,  
y con gran solicitud  
trajeron con diligencia  
los médicos mas espertos  
de la Galénica ciencia,  
que sin acertar la cura,  
antes bien se le acelera  
la enfermedad cada dia,  
y por nuerto le contemplan;  
hasta que Isabela un dia  
entró á servirle á la mesa,  
y Ricardo cuando vió  
la conyuntura tan buena,  
dispuso el comunicarla  
su amor, pues que ella era  
por su hermosura la causa  
de estar de aquella manera.  
No quiso mas dilatarse,  
y entre el amor y vergüenza,  
la dijo: adorado dueño,  
¿es posible que te precias

de verme morir? los cielos  
me amparen y favorezcan.  
Tú eres la causa que yo  
tan sin alivio padezca;  
y es, mi intento solamente  
(¡Dios quiera me lo conceda!)  
que en el lazo indisoluble  
en santa union te merezca.  
Atentamente escuchaba  
Isabela, y con honestas  
palabras, le dijo así:  
Hoy de tu mucha nobleza  
esperaba yo tal dicha,  
pues soy quien mas se interesa  
en obedecer tu intento;  
mas primero la respuesta  
de tus padres quiero y míos,  
que así llamarles es fuerza,  
á quien despues de Dios debo  
lo que es muy justo que deba.  
Yo por quien soy, te prometo  
mi palabra, como quieras  
ser mi esposo, el ser mas firme  
á pesar de quien lo sienta.  
Bastaron estas razones  
á cobrar salud entera  
en breve tiempo, que muchos  
por milagro lo ponderan,  
y sin achaque ninguno,  
por la respuesta tan buena  
que le dió su amado dueño,  
se dispuso á darles cuenta  
á sus padres de este intento;  
y lo que juzgó ser penas,  
fueron alegres placeres,  
grandes júbilos y fiestas,  
en ver que era de su gusto  
aquel que del suyo era,  
y unidas las voluntades.  
Para hacer esto era fuerza  
dar cuenta al rey, que en la córte  
aque los hombres de prendas,

toman parecer del rey  
para cualquier diligencia.  
Llegó el padre de Ricardo  
del monarca á la presencia:  
dijo en breve, como iba  
solo á pedirle licencia  
para casar á su hijo  
con una que trajo presa  
cuando el saqueo de Cádiz.  
Tanto alabó su belleza,  
que dijo la reina entonces:  
tráemela en mi presencia;  
veremos si la española  
es como me la ponderas.  
Cortesmente se despide,  
se fué á su casa, y dió cuenta  
á su esposa y á su hijo  
de como quiere la reina  
que se la lleve la jóven,  
pues desea conocerla;  
ella obedeció al instante,  
y con grande amor la ruegan  
que oculte el que son cristianos,  
porque no les sobrevenga  
alguna grande desdicha;  
á que dijo: no tuvieran  
recelo, que por su causa  
seguro está el que lo sepa.  
Finalmente, la adornaron  
de costosísimas sedas,  
de rubíes y esmeraldas,  
que admiraba solo el verla.  
Con grande acompañamiento  
á palacio se la llevan,  
donde la reina aguardaba  
rodeada de doncellas.  
Admiradas se quedaron  
cuando la vieron de cerca:  
una elogiaba la gala,  
otra el garbo y gentileza;  
la reina suspensa estaba  
de verla tan bien compuesta

y así dijo: caballeros,  
bien podeis iros, que queda  
Isabela en el palacio,  
desde hoy en mi asistencia;  
le dijo á Ricardo entonces:  
tú si quieres merecerla,  
la has de ganar por tu brazo  
á fuerza de armas en guerra,  
ganando algunas victorias  
juntamente ganas esta:  
si quieres mañana mismo  
han de salir dos galeras,  
y á corso tienes que ir  
por capitán de una de ellas,  
y si falta el comandante  
te han de rendir la obediencia.  
Aceptó la condicion,  
aunque no era de muy buena  
voluntad, por dos motivos:  
el uno porque se ausenta  
de los ojos de quien ama;  
el otro porque su pelea  
había de ser con cristianos,  
y él cabalmente lo era.  
Finalmente, se despide  
de su querida Isabela:  
con gran pompa y aparato  
embarcóse en la galera,  
y al cabo de pocos días  
una gran fragata encuentran,  
en donde iban los padres  
de su muy querida prenda.  
La aprisionan luego al punto,  
y los padres de Isabela  
lloraban amargamente,  
y Ricardo les consuela:  
preguntóles dónde iban;  
y al instante manifiestan,  
que en busca de una hija suya  
que hurtaron á su presencia.  
Entonces dijo Ricardo:  
contadme por vida vuestra

cómo os quitaron la hija,  
por si puedo conocerla;

y en otra segunda parte  
se dirá lo que le cuentan.

## SEGUNDA PARTE.

*Los padres de Isabela son presentados á la reina de Inglaterra. — Se ajusta el casamiento de Ricardo con la jóven española; y cuando iba á verificarse la boda, un nuevo pretendiente trata de impedirlo, y consigue por entonces su intento.*

**A**umentaban con el llanto  
los padres de la cautiva,  
del gran reino de Neptuno  
las corrientes cristalinas:  
Ricardo los consolaba  
con amorosas caricias,  
que aunque al parecer infiel  
observa la ley divina:  
los persuadía con ruegos  
le diesen claras noticias  
de su historia, para ver  
si igualmente convenia  
lo que se pronosticaba  
con lo mismo que él sabia;  
y formando en sí un suspiro  
entre quejas doloridas,  
en breve tiempo le dieron  
de aquel caso las noticias.  
Entonces el capitán  
conoció por cosa fija,  
que eran aquellos los padres  
de la que en el alma estima:  
y con agrado y dulzura  
aliviaba sus fatigas,  
sin descubrirse jamás,  
ni decir que conocia,  
ni de la que ellos contaban

haber tenido noticia.  
Entre otras diferentes  
razones que se decian,  
llevados del feliz viento  
con prosperidad tranquila,  
en dos dias poco menos  
granjearon las orillas  
del mar, y á Londres llegaron,  
dan fondo y la playa pisan,  
y solo á los dos cautivos  
se llevó en su compañía  
á su casa, y con secreto,  
encargó que no les digan  
nada, que importaba hacerlo  
segun como lo decia.  
Fué Ricardo á darla ofrenda  
á la reina; como iba  
tan galán y tan dispuesto,  
á todos causaba envidia:  
llegó á palacio, y le hacen  
el cortejo á su venida.  
Hechos ya, pues, los aplausos,  
dijo Ricardo, que habia  
en el nombre de su alteza,  
por mas triunfo de su dicha,  
dado libertad á todos:  
que solamente traia

un hombre y una mujer  
que dijeron que querian  
ver al rey de Inglaterra,  
y en su casa los tenia.  
Quedó la reina con esto  
en extremo agradecida.  
Al instante dispusieron  
el partirse á grande prisa  
á descargar los bajeles  
de todas las mercancías.  
Hecha ya esta diligencia,  
Ricardo les notifica  
á los cautivos que fueran  
á palacio, si querian  
ver á las personas reales,  
que todos juntos irian.  
Le obedecen, y los tres  
fueron á la estancia misma  
de la reina, y se llegaron  
en ocasion que salía  
Isabela de la sala,  
tan bizarra, bien prendida,  
que á no haber salido el sol  
juzgáran que era ella misma,  
pues la cadena de oro  
y la hermosa pedrería  
de rubíes y esmeraldas,  
les empañaba la vista.  
Llegó, y entre las doncellas  
tomó asiento, y parecia  
la luna entre las estrellas,  
ó el sol que en candidez brilla  
entre los demás planetas,  
pues sol y luna tenia  
Atentamente sus padres  
la miraban, pues ya iba  
la sangre hirviendo en el pecho;  
que el corazon pronostica,  
y en sobresaltos anuncia  
ó el bien, ó el mal, regla fija  
en donde es el parentesco  
el móvil que los inclina,

y por más certificarse  
cõn mas cuidados se arriman.  
En este tiempo Isabela  
estaba en la duda misma,  
hasta que su amada madre  
rompió al decoro las líneas;  
y sin reparar en nada  
se llegó á su propia hija,  
y buscóla atentamente  
una señal que tenia  
de un lunar en la garganta :  
luego que se certifica,  
la echó los brazos al cuello,  
diciéndola: ¡amada hija!  
estrechamente se abrazan,  
aunque hablarse no podian:  
abrazadas en el suelo  
cayeron amortecidas,  
y por muertas las juzgaron,  
y no fuera maravilla  
que hubieran muerto, pues vemos  
que á veces quitan la vida  
una impensada congoja,  
ó una súbita alegría;  
tambien su querido padre,  
sin dar lugar á que opriman  
lágrimas, que por su rostro  
copiosamente corrian,  
tiernamente la abrazaba,  
mil requiebros la decia.  
De ver tan raro suceso  
la reina se maravilla,  
y todos á un mismo tiempo  
absortos de lo que miran,  
y ya todos informados  
de tragedia tan no vista;  
la reina le habló á Ricardo,  
diciendo: ya llegó el dia  
en que tus deseos tengan  
fin por obras merecidas,  
y el dar principio á tus bodas  
hoy mi intencion determina,

que estos nobles españoles  
aquí en mi palacio asistan,  
que ya que han venido á verme  
verán finezas crecidas.  
No acertaba á responder  
Ricardo, con la alegría  
pensando que se acercaba  
todo el colmo de sus dichas.  
Mas la contraria fortuna  
no paró aquí con sus iras,  
que hay dichas que no se logran  
sin pasar por mil desdichas.  
Fué la causa que á este tiempo  
á la reina la servía  
de camarera, una dama,  
la cual señora tenia  
un hijo de gran valor,  
un Bernardo en valentía,  
un Gerineldo en galañ;  
pues cuantas buenas partidas  
de bondades hay, le asisten,  
y todas las ejercia.  
Era conde, y tambien era  
de aquellos de mas estima  
del rey, que por muy afable  
este aplauso merecia.  
Su propio nombre era Arnesto;  
aqueste puso la vista,  
alma, aficion, y potencias  
en la deidad peregrina  
de Isabela, de tal forma,  
que en fuego de amor se ardia;  
y no hallando ocasion  
de hablarla, verla ú oirla,  
entre sí mismo á sus solas,  
varios conceptos se hacia,  
que siempre un enamorado  
anda con frases y enigmas;  
mas viendo que se acercaba  
la union de las familias,  
la participó á su madre  
el mucho amor que tenia

á la jóven española,  
y que á no lograr tal dicha,  
próximo estaba á quitarse  
tiranamente la vida  
al impulso de un cordel,  
ó de una punta á la ira,  
ó que colérico y ciego,  
violentamente daria  
á Ricardo é Isabela  
la muerte con ignominia,  
por no ver en otros brazos  
el bien que adora y estima.  
Suspensa quedó la madre  
al ver lo que se seguian  
de desdichas, si su hijo  
tan gran desacierto hacia,  
que hay hombres de tan mal gusto  
que aventurando la vida  
pierden haciendas y honores  
por lograr sus fantasias,  
y siempre mas obstinado  
cuanto mas le persuadia,  
por que el amor no repara  
ni dificulta salidas.  
Dijole su madre entonces  
se detuviese que iria  
á hablar de esa materia  
á la reina; mas que iba  
recelosa, por saber  
que para el siguiente dia  
se celebraban las bodas.  
Quedó con esta noticia  
haciéndose mil conceptos  
por ver si hallaba salida,  
aunque en algo consolado,  
porque su madre tenia  
mucho influjo con la reina,  
y este consuelo le anima.  
Habló á la reina, en efecto,  
diciéndola, como iba  
á proponerla la causa  
de los extremos que hacia

su hijo por Isabela;  
y cuando pensó que iba  
por el sí, lo halló trocado,  
pues sin rodeos ni cifras  
le respondió que era tarde  
para lo que pretendia,  
porque ya estaba casada,  
y su palabra tenia  
dada al general Ricardo,  
y que atrás no se volvía.  
Con esta resolución  
quedó mas que nieve fria,  
temiéndose de decirle  
al hijo la negativa  
que dieron á su persona,  
por su condicion altiva,  
mas como la precisaba  
la fué forzoso el decirla.  
Cuando Arnesto oyó á su madre.  
quiso con una bruñida  
espada darse la muerte.  
La madre le detenia,  
diciéndole que no hiciese  
cosa tan mal parecida,  
que le daba su palabra  
de que no se gozaria

Ricardo con Isabela,  
á pesar de quien lo impida.  
Intentó su falso pecho  
una infame alevosía,  
y la crueldad mas enorme,  
como falsa, á la divina  
ley de Dios soberano,  
y con exaltada ira  
llenó un vaso de veneno,  
y como cosa de estima  
á Isabela por regalo  
se lo dió en una bebida,  
por abrasar sus entrañas  
con una saña inaudita,  
porque no vive el leal,  
mas de lo que el traidor cita.  
Y aquí para proseguir  
los rasgos de esta lira,  
por no enfadar al oyente  
con historia tan prolija,  
Antonio Pablo Morales  
al auditorio suplica,  
que si no les da molestia,  
en la tercera partida,  
si con atencion le escuchan,  
promete de concluir la.



### TERCERA PARTE.

*Isabela queda horrorosamente desfigurada por efecto del envenenamiento.— Se consigue salvarla la vida, y con el tiempo recupera su anterior hermosura; pero en este intermedio los padres de Ricardo tratan de casar á su hijo con una dama escocesa.*

Apenas hubo logrado aquel falso vil intento aquella ingrata homicida de aplicarla el veneno, cuya maldad pudo solo caber en su ingrato pecho; mayormente no teniéndolo de Dios ni su fé un bosquejo, cuando la pobre doncella, dentro de muy poco tiempo empezó á sentir fatiga, y arderse en voraz fuego sus ojos, que eran dos soles, en breve se la pusieron eclipsados y sin vista, muy morados y sangrientos, la lengua hinchada y los labios estremadamente gruesos enronquecida la voz, levantándosele el pecho, y tan renegrado el rostro que el mirarla daba miedo. En esta ocasion llegaron las damas, y cuando vieron un mónstruo tan espantoso, casi no la conocieron, y averiguando quién era, sin dilacion previnieron

el darla á la reina cuenta de lo que está sucediendo. Llegó al lecho donde estaba aquel sol ya sin reflejo, en parasismos mortales, sin tener pulsos ni alientos. Grande confusion causaba y notables sentimientos; mandó la reina llamasen á sus médicos, y luego que llegaron, reconocen por las señales que vieron, y acreditan que es traicion lo que con la pobre hicieron. Al instante la aplicaron diversos medicamentos, los polvos de Unicornio, la triaca y mil remedios que fueron mas eficaces de la ciencia de Galeno. Muy bien conoció la reina al instante por muy cierto que su camarera habia cometido el desacierto, por las razones que habian pasado en el pedimento, y que envidiosa dispuso cometer tan grande esceso.

Ya los médicos habían  
hecho cuanto dispusieron,  
y por las muchas virtudes  
de antidotos que pusieron,  
y Dios que lo permitió,  
no fué aquel su fin postrero.  
Mandó la reina prender  
con rigurosos tormentos  
á la que había sido causa  
de aquel pesar tan perverso,  
y que en su propio palacio  
en un estrecho aposento  
a encerrasen para darle  
castigo por aquel hecho;  
mas ella se vió culpada  
y dijo: que para el cielo  
hacia un gran beneficio  
solo con haberla muerto,  
y porque hubiese en su tierra  
aquella cristiana menos,  
y que también con su muerte  
evitaba muchos riesgos  
y aseguraba á su hijo  
de los daños venideros.  
Apenas supo Ricardo  
el desgraciado suceso,  
cuando sin poder valerse  
cayó mortal en el suelo,  
de un frenesí, que quedó  
mucho mas que vivo muerto.  
Era un mar de confusiones,  
de congojas y lamentos  
toda la casa, pues daba  
dolor y compasión verlo,  
y los cautivos lloraban  
su hija, y á un mismo tiempo  
los de Ricardo también  
hacían gran sentimiento.  
Vuelto ya del parasismo,  
con quejas poblaba el viento,  
y enternece las piedras  
con mil suspiros funestos.

Nadie podía aliviarlo,  
por estar todos lo mismo;  
de suerte se lamentaba  
el afligido mancebo,  
que daba muestras de haber  
perdido el entendimiento:  
quería darse la muerte  
en tan grande desconsuelo,  
y abrir con sus propias manos  
puerta á su afligido pecho,  
y sacarse el corazón  
por pagarle el sentimiento:  
mas repararon que iba  
muy poco á poco volviendo  
en sí la que por difunta  
poco antes la tuvieron,  
dando señales de vida  
en el modo que irá espuesto;  
porque al cabo de dos días  
se la cayó todo el pelo,  
hebras que al sol enviaba  
para ornato de sí mismo.  
Las cejas que eran de amor  
los arcos de sus flecheros,  
borradas y sin adorno  
con las pestañas salieron.  
Sus bellos ojos, en quien  
las luces del sol se vieron,  
ajados y lagrimosos,  
sin aquel cutis primero  
toda tan abominable,  
asquerosa en tanto extremo,  
que nadie podía verla  
por su fierísimo aspecto;  
pues todos, menos Ricardo,  
daban por alegamiento  
que fuera mucho mejor,  
por no estar padeciendo,  
el no haber quedado viva;  
mas estaba para ejemplo  
de las miserias humanas:  
(ocultos juicios del Cielo.)

Entonces el buen Ricardo  
pidió á la reina con ruegos  
le dé á Isabela, que quiere,  
si acaso es gustosa de ello,  
con sus muy amados padres  
el llevársela al momento  
á la casa de los suyos.  
Tuvo logro aquel intento,  
pues compadecida estaba  
de ver sus muchos tormentos,  
y aun se alegraba que hubiera  
tenido tan buen acuerdo;  
le dijo á Ricardo: yo  
desde luego se la entrego;  
mas es justo que yo tenga  
para siempre un sentimiento  
de que tú me la entregaste  
mejor que yo te la vuelo;  
mas su castigo pondrán  
el delito satisfecho.  
Ricardo rogó á la reina  
que perdonase aquel yerro,  
que daba buena disculpa  
para el insulto que ha hecho.  
que de su parte y su amada  
le perdonan desde luego.  
La reina le dijo: advierte,  
Ricardo, que te prometo,  
que Isabela es una joya  
engarzada en tosco hierro.  
Llevó á la inocente Abel  
á su casa y también fueron  
los cautivos con su hija  
para darla algun consuelo,  
dándole la reina en pago  
del mucho amor, dos mil pesos,  
y otras diferentes joyas  
de grande valor y precio,  
y costosísimas galas  
para su adorno y aseo.  
Estuvo Isabela enferma  
dos meses ó poco menos,

cuando la inmensa piedad  
del justo Juez de los cielos,  
apiadado de las muchas  
rogativas que le hicieron  
los que la comunicaban,  
quiso dotarla de nuevo  
en su primera hermosura.  
¡Oh divino Padre Eterno,  
qué inmensas son tus piedades  
para darnos el remedio!  
Ya se mejoraba el rostro,  
y por parte descubriendo  
de sus primeros matices  
lo puro, cándido y terso.  
En este tiempo los padres  
de Ricardo dispusieron  
casarlo con la doncella  
primera que ellos quisieron.  
Era esta dama de Escocia,  
despachan al punto un pliego  
que la trajesen sin darle  
cuenta al hijo de este intento,  
sin mirar de que en el alma  
tenia Ricardo impreso  
el mucho amor de Isabela,  
pues decian que en viniendo  
la de Escocia, olvidaria  
Ricardo el amor primero,  
que despues la enviarian  
á su casa con sus dueños  
dándola para el viaje  
gran cantidad de dinero.  
Esto hacian sin que fuese  
Ricardo sabedor de ello.  
Llegó, en fin, aquella dama  
con grande acompañamiento,  
donde alegres la aguardaban.  
Salió Ricardo al encuentro  
al gran rumor que traian,  
cuando vió que los cocheros  
paran en su propia casa,  
y en ella quedan de asiento,

donde todos á porfia  
se esmeran en cumplimientos,  
y con respecto á la dama  
se la ensalza con estremo;  
visto lo cual por Ricardo,  
que no aprueba tal empeño,  
dijo, aunque con ironía,  
pero pudo contenerlo:  
ciertamente que no habrá  
mejor cara en este pueblo  
que la de esta señorita,  
siendo un perfecto modelo,  
mas será porque Isabela  
no está como de primero.  
Entonces le dijo el padre,  
pues sábetelo por muy cierto,

que aquella ha de ser tu esposa,  
porque viene para eso.  
Apenas oyó decir  
los penúltimos acentos,  
se quedó mortal y helado,  
sin habla, pulso ni alientos,  
desmayado el corazón  
turbados los pensamientos,  
y no es mucho que dudara  
dar desate á tal enredo.  
Y por poder declararlo,  
amable lector discreto,  
le dá Alfonso de Morales  
fin al romance tercero,  
para que en la cuarta parte  
prosigan si estan atentos.

#### CUARTA PARTE.

*Isabela y sus padres regresan á España colmados de favores y dádivas, recibidos de la generosidad de la reina.—Ricardo, para estorbar el casarse con la escocesa, pide licencia á su padre para pasar á Roma, y se la concede.*

Quedó con esta respuesta  
Ricardo tan pensativo,  
que á la vista parecia  
estátua de mármol frio,  
en éxtasis elevado,  
admirado y suspendido,  
obedeció con callar,  
propia señal de un buen hijo:  
y temiendo en Isabela  
algun mortal parasismo  
en sabiendo de la dama  
el fin á que habia venido;

él fué á llevarla la nueva  
y á darla á su pena alivio  
llegó al cuarto donde estaba,  
que era un oculto retiro,  
donde con mudo silencio  
está con sus padres mismos  
sin comunicar con nadie:  
la saludó, y despues dijo  
á Isabela: amado dueño,  
la causa de haber venido  
es solamente á decirte,  
si acaso no lo has sabido,

que esta dama que mis padres  
mandaron venir, han sido  
con intento solamente  
para casarla conmigo,  
sin darme cuenta, pensando  
fuera bastante motivo  
esta belleza, á que yo  
te borre de mis sentidos,  
sin mirar que te ofrecí  
el alma por sacrificio;  
y pues que tú estás en ella,  
otra no cabe en su sitio,  
y quiero que de esto entiendas  
que tú solamente has sido,  
eres y serás eterna  
en el constante amor mio,  
y he de ser tu firme amante  
á pesar de los peligros,  
atropellando las dudas  
que se opongan á impedirlo;  
y para certificarlo,  
poniendo por fiel testigo  
á Dios, que juzga las causas,  
de cumplirlo estando vivo;  
pues sois mitad de mi alma  
y el iman de mis sentidos,  
que si hermosa te quise,  
fea te adoro y estimo;  
y en prueba de esta verdad,  
solo una mano te pido,  
que en fé de ella y la palabra  
he de cumplir cuanto digo.  
Se la dió Isabela entonces  
con tanto amor y cariño,  
que el mucho gusto y contento  
le perturbaba el decirlo  
lo mucho que agradecia  
aquel favor tan crecido;  
mas con besarle la mano  
le mostró lo agradecido;  
y dijo Ricardo entonces  
le señalasen el sitio

donde habia de buscarlos  
cuando á España fuese ido,  
que dos años gastaria  
ó poco mas en cumplirlo.  
Entonces los nobles padres  
de la doncella le han dicho,  
que en la Ciudad de Sevilla  
en un convento divino  
de monjas de Santa Clara,  
que allí llegue y tome aviso  
de una monja que se llama  
la madre Inés del Castillo,  
que esta la dirá la casa  
en donde vive de fijo;  
esto con tantas ternezas  
lo hablaron, que dió motivo  
á que copiosos raudales  
llorasen enternecidos.  
Se despiden los amantes,  
se fué Ricardo, y le dijo  
á su padre que no habia  
le casarse que es preciso  
primero partirse á Roma  
á confesar sus delitos  
con su Santidad, y en tanto  
estuviese suspendido  
su casamiento, aunque todos  
tengan á mal sus designios.  
Mostrábase muy alegre  
pero todo era fingido,  
y el padre se conformó  
por no poder impedirlo.  
Entonces le dijo el padre:  
sabrás como determino  
que Isabela con sus padres  
pues que no se ha cumplido  
los intentos, que se vayan;  
á lo cual Ricardo dijo,  
que de sus joyas y galas,  
de sus adornos y aliños  
no le quiten de eso nada  
que bastante habia perdido.

Se lo ha concedido el padre  
de Ricardo y luego ha ido  
á que la reina le diese  
licencia para el proviso  
poder despachar á España  
cuanto antes los cautivos.  
Dióla entonces, y mas viendo  
que ampararlos es preciso,  
dispuso á la camarera  
darla al instante el castigo  
pecunialmente y primero,  
se le privó de su oficio,  
y que luego le aprontase  
seis mil doblas de oro fino,  
y que se las dé á Isabela  
por lo bien que la ha querido;  
con esto pagó la infamia,  
y á Arnesto por haber sido  
el motivo de esta causa,  
lo destierren al proviso  
fuera del reino britano.  
Hecho ya todo lo dicho,  
Isabela con sus padres  
fueron (pues era preciso  
despedirse de la reina)  
todos á palacio han ido,  
y allí con dulces abrazos  
de todos que era prodigio,  
se despidieron, y entonces  
la reina á Isabel dijo:  
toma, amiga, aquesta carta  
que yo por mi mano he escrito;  
cuando llegues á tu tierra,  
vé á Sevilla, que allí ha dicho  
la camarera que tiene  
un deudor suyo muy rico  
que le debe dos mil pesos,  
cantidad de que al proviso  
que llegues te la han de dar  
diciendo que yo lo digo,  
que ahí vá su firma y la mia,  
esto hago porque te estimo,

y la fortuna te lleve  
á España por buen camino;  
y con gran pena de todos  
del palacio se han salido,  
para disponer la nave  
que á España ha de conducirlos.  
Aprestándola volvieron  
en casa del referido  
Ricardo, á darles las gracias  
por los muchos beneficios,  
que por la buena enseñanza  
segundos padres han sido.  
Otra vez se renovaron  
las lágrimas y suspiros,  
mas no en la dama Cristiana,  
que este era el nombre mismo  
de la que vino de Escocia;  
pero Ricardo no quiso  
hallarse en la despedida,  
que habia de ser conocido  
en el semblante y los ojos,  
y así á sus padres les dijo:  
que se iba al campo aquel día  
á holgarse con sus amigos.  
Con este achaque ó disculpa  
todos lo hubieran creído,  
pero su intento no era  
sino irse entre los riscos  
á llorar sus descensuelos  
por no ser de nadie visto.  
Finalmente, ya Isabela  
habia, como hemos dicho,  
despedidose de todos  
y estando ya prevenidos,  
se embarcaron y salieron  
por el golfo cristalino  
para la Ciudad de Cádiz,  
en Dios todos sus designios,  
y en Ricardo el corazon,  
que no le echaba en olvido,  
aunque por la ausencia larga  
lo contemplaba perdido;

y así entre varias ideas  
se hacia mil laberintos  
de confusiones diversas  
siendo ciertos los motivos.  
En este tiempo, Ricardo  
estaba pues en su sitio,  
desde donde divisaba  
el velámen del navío,  
y en descompasadas voces  
y lamentables suspiros  
decia: adios, Isabela,  
adios, bello paraninfo,  
quién nunca te conociera!  
quién jamás te hubiera visto  
para no sentir ahora  
tormentos tan escesivos!  
quién podrá estar sin tu vista?  
y quién sin tí estará vivo?  
cuándo he de volver á verte?  
Pide á los cielos, bien mio,  
(se quejaba á la fortuna  
tan contraria como ha sido)  
que te acompañe en la muerte  
ó te merezca en el siglo.  
Esto y mucho mas decia  
en tan solitario sitio,  
hasta que perdió de vista  
la embarcacion, y rendido  
de batallar con la idea,  
fué á su casa, y le ha pedido  
con humildad, á su padre,  
piadoso y caritativo,  
le echase su bendicion  
para seguir su camino:  
se la da muy pesaroso,  
y luego aquel dia mismo  
dispuso partirse á Roma,  
en traje de peregrino,  
sin mas pompa ni aparato,  
ni querer llevar consigo  
mas que un fiel criado suyo  
que le sirviera de alivio,

y para si falleciere  
pudiera dar el aviso.  
Se salen de la ciudad,  
dejando muy afligidos  
á sus padres, pues dudaron  
que lo pudiesen ver vivo.  
En este tiempo, Isabela,  
con favor del Ser divino,  
llegó á su patria, y en ella  
fueron muy bien recibidos  
de la nobleza y la plebe,  
deudos suyos y amigos,  
pues se alegraban de ver  
la dicha que habian tenido  
de haber hallado á Isabela  
y hallarse favorecidos.  
Poco más de un mes pasaron  
descansando lo rendido  
del viaje, y ya aliviados  
dispusieron con sigilo  
irse los tres á Sevilla  
á cobrar lo prometido.  
A la Bética llegaron  
y siempre con el designio  
de volverse brevemente;  
pero fueron detenidos  
por no hallar el mercader,  
con que allí les fué preciso  
estar hasta que viniera  
de un viaje á que habia ido.  
Alquilaron una casa  
á donde le habian dicho  
á Ricardo, que era enfrente  
del convento referido.  
En tanto se ejercitaron  
en su primer ejercicio  
de mercader contratante;  
así estaban mantenidos,  
viviendo con la esperanza  
de ver su intento cumplido.  
Y aquí para proseguir,  
noble auditorio, es preciso

que Morales fin le dé  
á este romance que han visto,

y prestándole atencion  
proseguirá con el quinto.

### QUINTA PARTE.

*Ricardo es herido mortalmente por su rival Arnesto; logra su curacion y se embarca; una tempestad le arroja á tierra de turcos y le hacen cautivo; es rescatado y conducido á España.*

**A**st estaba en Sevilla aguardando á que viniese el mercader del viaje, y se pasaron seis meses: al cabo de ellos llegó, y dándole los papeles, viendo la firma real y que era precisamente cumplir con aquel mandato tan pronto como obediente aprontó la cantidad sin un punto detenerse. Viéndose tan poderosos, y tan colmados de bienes, allí quisieron quedarse, por ser la tierra aparente, para su hija, pues era su hermosura permanente, tanto que ya en la ciudad para mas bien conocerla, la llamaban la Divina, por su hermosura escelente. Tuvo de los caballeros infinitos pretendientes de lo mejor de Sevilla, sin que ninguno pudiese solo verla, pues vivia

recatada mortalmente, por si venia su amante, primeramente supiese por la fama el buen vivir antes de llegar á verse. Aqueste tiempo pasaba en un oculto retrete, pidiendo al Cielo con ruegos, piadoso le concediese ver su querido Ricardo, pues de su vista carece. Ocho meses se pasaron sin que de Lóndres tuviese razon ni respuesta alguna de cartas antecedentes que Isabela habia escrito, aunque tambien en su mente á sus solas se decia: esto será que no quiere hacer caso de mis letras, ni oír ya ni atenderme, ya habrán casado á Ricardo con la que en su casa tiene, y ya olvidado de mí; oh! qué bien que lo refiere metida en un oratorio en oraciones frecuentes,

el adagio, que la ausencia  
es madre de olvidos siempre,  
y que en pasándose el tiempo  
la memoria olvida y pierde.  
Oh cocodrilo engañoso!  
oh ingrato Ricardo alev!  
fueron estas las promesas  
de quererme eternamente?  
asi fueron los estremos  
que hacias fingidamente?  
mas no es mucho que eres hombre  
y en tu pecho caber puede.  
En estas dudas estaba  
pesarosa, cuando advierte  
un hombre con una carta  
de Lóndres, y se la ofrece  
en mano propia á Isabela;  
la recibió diligente,  
por ver lo que mencionaba,  
fué con prontitud á leerla:  
conoció en el sobre-escrito  
ser la letra propiamente  
de la madre de Ricardo;  
se alegró por la presente  
en ver aquella memoria,  
aquel recuerdo que tienen  
al cabo de tanto tiempo,  
se hallaba en estremo alegre:  
rompió la neta y empieza  
á leer de aquesta suerte:  
«Hija querida Isabela,  
luego aquel dia siguiente  
que saliste de mi casa,  
apenas te vido ausente  
el malogrado Ricardo,  
(que Dios en su gloria tiene)  
salió para su viaje,  
sin querer que con él fuese  
mas del criado que en casa  
nos asistia fielmente.  
Este fué en su compañía,  
cuando al cabo de dos meses

se ha entrado por nuestras puertas  
diciéndonos como viene  
huyendo, y que á su señor,  
cruel y alevosamente  
el conde Arnesto le dió  
al buen Ricardo la muerte  
estando en una posada:  
y sin poder socorrerle  
á manos de su enemigo  
murió, y milagrosamente  
escapó el criado vivo,  
y sin querer detenerse  
ha venido por la posta  
á decir lo que sucede;  
aquesta carta te escribo  
para que á Dios le encomiendes,  
que yo tambien pediré  
al Cielo que te prospere  
en felicisimas dichas  
todo el tiempo que vivieres.»  
No pudo Isabela entonces  
proseguir, pues las corrientes  
lluvias de copioso llanto  
la perturbaron, de suerte  
que mostraba en el sentir  
estar la causa presente,  
y lo afirmaba por cierto,  
por creer que aquella gente  
no mentia ni de aquello  
ningun bien les sobreviene:  
y con ánimo constante  
en su memoria previene  
delante de un Crucifijo,  
hacer fervorosamente  
voto de ser religiosa  
y morir de aquella suerte.  
Su padre la suplicaba  
siquiera se detuviese  
aquel tiempo limitado  
para que mas se consuelen:  
obedeció, y lo restante  
de aquel tiempo estuvo siempre

pidiendo al Cielo con ruegos,  
aquello mas conveniente  
al alma de su querido  
para los eternos bienes.  
Y vamos á que Ricardo  
de aquel peligro inminente  
no murió, sino que el paje,  
como vió tan de repente  
á su señor en el suelo  
con mortales accidentes,  
lo juzgó muerto, y temiendo  
que con él lo mismo hiciese,  
salió huyendo, y nunca supo  
lo que despues llegó á verse.  
Casi muerto lo llevaron  
á un hospicio, le previenen  
á sus mortales heridas  
bálsamos muy esclentes,  
y en breve tiempo se halló  
convalecido, de suerte,  
que volvió á seguir de nuevo  
el viaje antecedente:  
le fué preciso embarcarse,  
y por ir mas brevemente  
en una nave se entró  
navegando felizmente.  
Muy poco tiempo gozaron  
estos felices placeres,  
porque un día cuando el sol  
se ocultó en el occidente,  
se entoldó el cielo de nubes  
con gran tempestad, de suerte  
el recio viento soplabá,  
que tronchaba los trinquetes;  
de un todo desarbolado  
y muy próximo á perderse,  
sin norte, timon ni vela,  
les entró un viento muy fuerte  
que á parar se fué la nave  
á unas islas donde tiene  
jurisdiccion el gran Turco,  
Y allí les amanece;

los turcos luego que vieron  
tal dicha, los acometen,  
y hallándolos sin defensa  
tardaron poco en perderles;  
con que Ricardo perdió  
las esperanzas de verse  
en presencia de Isabela,  
porque si aquellos infieles  
llegaban á conocerlo,  
son bárbaros tan crueles,  
que para vengar su agravio  
lo freirán en aceite.  
Pero los Cielos piadosos  
quisieron favorecerle  
aunque los mas de los turcos  
lo conocen claramente,  
y dándole cuenta al rey,  
que un cautivo que allí viene  
fué el que á ellos les quitó  
las galeras y su gente,  
que por general venia  
de los navíos ingleses;  
pero que tambien les dió  
libertad piadosamente  
á los que quedaron vivos,  
y estas finezas les mueve  
á librarlo, pero el rey  
mandó al punto lo metiesen  
en un calabozo, que  
da miedo y horror al verle,  
hasta dar fin á su vida,  
y juntamente previene  
un hombre de confianza,  
que la comida le lleve  
muy tasada, hasta que muera,  
y él lo hacia de esta suerte.  
Esta miserable vida  
pasaba sin que tuviese  
alivio sino en el rato  
que al sueño la vida ofrece.  
Era muy fatal la pena  
que sentia, solo en verse

si algun alivio humano,  
en sitio tan incidente,  
cargado de mil prisiones  
que no podia moverse.  
Oyendo Dios las plegarias  
mandó que le socorriese.  
En este tiempo llegaron  
los religiosos que siempre  
van á redimir cautivos  
con espíritu ferviente,  
y buscan aquellos pobres  
que mas trabajos padecen,  
y con el mucho castigo  
sè recelan que renieguen.  
Supieron como Ricardo  
cruelles penas padece:  
procurando redimirlo,  
y tomando pareceres  
el rey de sus consejeros  
á ver lo mas conveniente,  
dijeron que el pedir  
muy descompasadamente,  
para que no lo llevaran,  
mas prontamente le ofrecen  
la una parte del dinero,  
y que hasta satisfacerle  
se quedase un religioso  
cautivo, mientras no viene.

Acceptaron, y á Ricardo  
le dijeron que viniese  
á España, que de limosna  
lo junte y que se lo lleven.  
Venía el pobre Ricardo  
como de ordinario vienen  
los cautivos redimidos,  
con su alquicel y birrete,  
descalzo de pié y pierna  
y con muchas desnudeces,  
muy crecida ya la barba,  
y las mejillas parecen  
de difunto: todo en fin,  
era imágen de la muerte.  
Llegó pidiendo limosna  
hasta Sevilla, y por verse  
en tan estrecha miseria  
no quiso buscar parientes  
de Isabela, ni aun hacer  
pesquisas de conocerles,  
hasta que un día encontró  
con un gran rumor de gente  
que á entrar iban una monja.  
Al que el fin quisiera verle  
á esta verdadera historia,  
por no enfadar al oyente,  
Alfonso Pablo Morales  
la sesta parte previene.

## SESTA PARTE.

*Isabela se decide á entrar de religiosa en un convento, creyendo muerto á su amante Ricardo; este se presenta á su vista en el acto de tomar el hábito, se reconocen, se abrazan, y la funcion cambiando de aspecto se convierte en una boda.*

**Y**a en aqueste tiempo habian cumplidose los dos años del límite que á Isabela

le dió en Lóndres á Ricardo, y ya sin las esperanzas de oirlo, verlo ni hablarlo,

dispuso muy fervorosa  
ir á cumplir lo tratado  
de la ofrenda que le hizo  
á Cristo crucificado,  
de meterse religiosa;  
y ya cumplido aquel plazo  
iban hácia el monasterio,  
que á su casa está inmediato,  
con tan lucidos adornos  
de pompas y de aparatos,  
y costosísimas galas,  
que parecia al mirarlo  
por tanta copia de estrellas  
ser otro cielo abreviado.  
Toda la nobleza unida  
los iban acompañando,  
toda la plebe en comun,  
los que su fama alcanzaron,  
y los que la conocian  
van por verla mas despacio:  
todos á la mucha fama  
de lugares comarcanos  
acudieron á Sevilla,  
y quedaron admirados  
dándole mil alabanzas  
á Dios; pues la habia criado.  
Llegaron al templo, donde  
á recibirla se hallaron  
el provisor y arzobispo,  
el asistente y vicario,  
con todos cuantos señores  
hay de título y estado  
en la sevillana patria.  
Andaba entonces Ricardo  
para pagar su rescate,  
como hemos dicho, juntado  
la limosna referida,  
que era hasta mil ducados;  
y arrimándose al concurso,  
á un hombre le ha preguntado  
le dijese la ocasion,  
ó el por qué se ha motivado

andar por aquellos sitios  
todos tan regocijados.  
A lo que le respondió:  
en este dia en que estamos  
se vá á meter religiosa  
el mas bello simulacro  
de la deidad mas hermosa  
que cabe en el ser humano,  
cuyo nombre es Isabela.  
No hizo mas que pronunciarlo  
el hombre, cuando al instante  
le empezó con sobresaltos  
á Ricardo el corazon,  
con que se le renovar  
de las pasadas finezas  
los estremos; y obligado,  
viendo que ya la ocasion  
estaba solo en su mano,  
se entró por medio de todos  
con el paso acelerado  
hasta llegar donde estaba  
Isabel, cuyos rayos  
pudieran servir al sol  
de adorno y reflejos claros.  
Llegó, en fin, adonde estaba,  
aunque con grande trabajo;  
y hallándose en su presencia  
con atencion lo miraron  
aquellos, que de Isabela  
fueron novios despreciados.  
Como lo vieron tan cerca  
hubo algunos que le hablaron,  
al ver su traje tan tosco,  
dichos que no le agradaron,  
decíanle vituperios,  
tanto que ya avergonzado  
de semejantes razones,  
echando sus ojos rayos  
les dijo á los caballeros:  
por las cielos soberanos,  
que podeis agradecer  
el paraje en donde estamos,

que por guardar el decoro  
á sitio tan soberano  
no ven vuestras demasías  
el escarmiento en mi brazo,  
que entonces reconocieron  
la nobleza de Ricardo;  
y pues los cielos quieren  
que yo padezca trabajos,  
quédate adios, Isabela,  
adios, divino milagro.  
Conforme Isabela oyó  
su nombre, se la alteraron  
las potencias y sentidos,  
y atenta empezó á mirarlo  
al cautivo, y como ya  
estaba desfigurado  
y trocadas las facciones  
de desdichas y naufragios,  
no obstante miró Isabela  
entonces con mas cuidado,  
y aunque tan pálido estaba  
le dió el alma un sobresalto,  
y por la rubia garzota  
lo conoció aunque dudando  
que fuese Ricardo, pues  
le habian ya noticiado  
por las cartas que era muerto;  
mas como la hubo nombrado,  
mandó al cautivo se acerque;  
acudió pronto el llamado,  
y admirada de mirarle,  
con muy honesto recato,  
de aquesta suerte le ha dicho:  
por ventura, noble hidalgo,  
eres ilusion ó sombra;  
sin duda que estoy soñando ;  
pues ante mí veo vivo  
al que muerto he contemplado..  
Entonces le respondió:  
no lo tengas por engaño,  
pues ya ni la sombra soy  
que fui en los tiempos pasados,

y aunque me juzgues muerto  
sin tí, ya está averiguado;  
y así el cielo te prospere  
eternamente en tu estado.  
Iba á volverla la espalda,  
cuando Isabela llorando  
se arrojó desparorida  
á los brazos de Ricardo,  
diciéndole, esposo mio,  
puesto que Dios lo ha ordenado,  
tú has de ser mi amado esposo,  
pues la palabra te he dado,  
y con ella te dí el alma,  
precisamente es pagarlo,  
tú solamente pudieras  
aqueste intento estorbarlo.  
Entonces creció la envidia  
de los que estaban mirando:  
pues sin saber los motivos  
vieron que habia logrado  
dicha que ellos pretendian,  
y para todos fué en vano,  
v los padres de Isabela  
le daban dos mil abrazos.  
Dispusieron el volverse  
con aquel mismo aparato  
á su casa todos juntos  
para al instante casarlos,  
y con una gala hermosa  
á Ricardo lo adornaron  
con tanto primor, que muchos,  
que fuese el mismo dudaron;  
y estando ya el arzobispo  
de todo muy informado,  
allí en presencia de todos  
á los dos ha desposado.  
Fué el asistente padrino,  
por lo que está averiguado  
lo que pudo haber entonces  
en honra de los casados,  
por cuya causa hubo muchos  
que de envidiosos rabiaron.

Allí Ricardo dió cuenta  
de lo que había pasado,  
las aflicciones que tuvo,  
y de como había llegado  
cerca del fin de su vida,  
á manos de aquel ingrato  
conde Arnesto, en la Bretaña,  
y como lo cautivaron,  
y como por él se quedaba  
allá un padre aprisionado.  
Al iustante dispusieron  
aquel dinero enviarlo,  
y juntamente á su patria  
despacha luego un criado  
á sus padres, que viniesen  
supuestos que son cristianos,  
que acá sin temor alguno  
podrán vivir descansados.  
En breve tiempo vinieron  
por ver á su hijo amado,  
adonde puede el discreto  
considerar los halagos,  
los júbilos y placeres,  
los regocijos y aplausos.  
El asistente mandó  
para triunfos mas colmados  
en hora de tanta dicha,  
para mas timbre y mas lauro,  
hacer unas fiestas reales  
que dejó al mundo pasmado,  
con diferentes funciones,  
comedias representaron,  
danzas, músicas y fiestas,  
con mil instrumentos varios,

y vistosas luminarias  
cual Mongibelo alumbrado.  
Hubo mesa franca y plena  
de manjares muy extraños,  
un mes duraron las fiestas  
y sin número los gastos,  
donde viven en Sevilla  
del Asistente amparados,  
con cuantos bienes y dichas  
alcanza el ingenio humano;  
siendo los mas poderosos  
como está ya averiguado.  
Esto es, discreto auditorio,  
contar el breve traslado  
de Ricardo y de Isabela  
lo que en su vida pasaron.  
Dios por su amor nos defienda  
en el mundo de las manos  
de todos los enemigos,  
y á los príncipes cristianos  
paz y concordia; y á todos  
los que la fé profesamos  
auxilio y salud cumplida,  
gracia, consuelo y amparo:  
para que en aquesta vida  
solamente á Dios sirvamos  
para conseguir la eterna,  
tesoro el mas soberano.  
Y aquí discreto auditorio,  
el fin á su lira dando  
Alfonso Pablo Morales  
á lo tosco de sus rasgos,  
de alabanzas solo un victor,  
y os digneis de perdonarlo.